



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla  
México

Gómez Carpinteiro, Francisco Javier

El pasado en el presente. Dos enfoques sobre la historia cultural del campesinado mexicano

Bajo el Volcán, vol. 5, núm. 9, 2005, pp. 173-195

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28650910>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

EL PASADO EN EL PRESENTE  
DOS ENFOQUES SOBRE LA HISTORIA CULTURAL  
DEL CAMPESINADO MEXICANO

Francisco Javier Gómez Carpinteiro

RESUMEN

El autor revisa críticamente dos enfoques para estudiar la historia cultural del campesinado mexicano en relación con su propio caso de estudio. Ambas perspectivas son importantes para entender cómo se construyeron subjetividades en la posrevolución. La revisión subraya las implicaciones políticas de cada uno de estos enfoques para entender las conexiones entre el pasado y el presente neoliberal.

SUMMARY

The author critically reviews two approaches to the study of the cultural history of the Mexican peasantry in relation to his own case study. Both perspectives are important for understanding how subjectivities are constructed in the post revolutionary period. The review highlights the political implications of each one of these approaches in order to grasp the connections between the past and the neoliberal present.

En el mismo año de la puesta en práctica del Tratado de Libre Comercio y el surgimiento de la insurrección neozapatista en Chiapas, se publicó el libro *Everyday Forms of State Formations. Revolution and Negotiation of Rule in Modern Mexico* (1994).<sup>1</sup> La obra fue producto de un seminario de trabajo en torno a la historia, la cultura y la política del México posrevolucionario. Los editores de ese texto convocaron a otros estudiosos a reflexionar sobre el caso mexicano a partir de los enfoques y nociones centrales de James C. Scott (1976, 1985, 2000 [1990]), así como los de Philip Corrigan y Derek Sayer (1985). El libro en su conjunto es una interpretación brillante sobre las relaciones entre el Estado y las

culturas políticas locales en la conformación de la modernidad mexicana. Más allá de eso, delineó ciertos términos en que podían ser entendidas las relaciones entre pasado y presente en la constitución de subjetividades rurales, considerando el carácter de identidades, movilizaciones y organizaciones populares. Bajo estos trazos fueron perceptibles dos enfoques: 1) el pasado fue representado considerando la pluralidad de sujetos que forjaron la historia y se constituyeron en el campo discursivo del poder posrevolucionario; 2) en la representación de ese mismo pasado, las distinciones de clase fueron fundamentales para entender cómo se creó el mundo social y el papel de los grupos subalternos dentro de éste.

Ambas orientaciones tuvieron un interés explícito sobre el poder social antes y al término de la revolución armada, la manera en que éste trabajaba, así como las ideas y las relaciones que producía. En torno a este interés común, fue notable el uso del concepto de hegemonía con un carácter procesual para explicar simultáneamente la constitución de formas de dominación y resistencia. No obstante, en la manera de entender esta noción de Gramsci se creó la principal diferencia entre ambas perspectivas. A mi juicio, éstas estuvieron bien reflejadas en el trabajo de Florencia Mallon (1994) y en el de William Roseberry (1994).

El concepto de hegemonía manejado por Mallon es en realidad producto de un trabajo más amplio donde se interesó en los efectos del liberalismo popular decimonónico (Mallon 1995).<sup>2</sup> Para Mallon, la hegemonía destaca la riqueza de las políticas e ideologías locales como un medio para entender el forjamiento de una sentido de nación. Entonces, es un concepto importante para desarrollar un enfoque “descentrado” que explore las complejidades y contradicciones de la constitución del poder. En esta lógica, la hegemonía crea un campo discursivo dentro del cual valores y jerarquías comunitarias operan para negociar múltiples identidades.

De acuerdo a Roseberry (1994), la noción de hegemonía de Gramsci ayuda a entender la compleja y contradictoria historia de los grupos subalternos en relación con el Estado y las elites. Roseberry sugería que la noción podría ser útil para observar la constitución de campos de fuerzas

que revelaran formas de dominación y conflicto en el México posrevolucionario; su deseo era entender la emisión de discursos y procesos culturales que estuvieran a su vez enlazados a relaciones materiales y a diferentes conexiones espaciales.

Dichas perspectivas tienen gran importancia para entender la historia cultural del campesinado mexicano. El objetivo de este trabajo es discutir algunos de sus alcances metodológicos y las consecuencias políticas de elegir una u otra de las representaciones derivadas de los respectivos enfoques para comprender las conexiones entre historia y presente en la activación de formas de dominación y lucha. Al final, la intención es sopesar cuál enfoque puede ser más valioso para reconstruir historias de los campesinos que críticamente miren sobre su pasado para entender contradicciones en su presente y futuro.

En el contexto de transformaciones vividas por el Estado posrevolucionario mexicano y su conversión en un Estado neoliberal, es relevante plantearse cómo esas dislocaciones afectan sociabilidades y subjetividades creadas históricamente. De la misma manera, cómo las historias que envuelven a los sujetos están ofreciendo argumentos para reorganizar los modos de vida y de trabajo, así como reorientar luchas y alianzas políticas. Ante estas cuestiones, la valía tanto del enfoque de Mallon como el de Roseberry está sujeta a la posibilidad de producir relatos que ayuden a entender cómo el poder se ha construido; particularmente, bajo qué líneas de desigualdad se ha creado, y cómo las experiencias y visiones de los actores rurales pueden ayudarnos a comprender su operación y formas de luchar contra sus efectos.

#### MALLON Y LA NUEVA HISTORIA CULTURAL DEL CAMPESINADO EN MÉXICO

Con el término de nueva historia cultural (NHC), un conjunto de autores desde más o menos las últimas dos décadas ha emprendido investigaciones posrevisionistas sobre las acciones políticas de las comunidades campesinas a partir del México independiente (Mallon, 1995; Beezley *et al.*, 1994; Alonso, 1995; Becker, 1995; Guardino, 1996; Nugent, 1993; Vaughan, 1997; Wells y Joseph, 1996).<sup>3</sup> Generalmente, ellos crearon

marcos analíticos donde integraron principalmente los conceptos de hegemonía, ideología y cultura para entender las prácticas discursivas surgidas por las interacciones entre Estado y comunidades. A su modo, apropiaron los enfoques de diversos autores (Abrams, 1988; Corrigan y Sayer, 1985; Foucault, 1978, 1985; Gramsci, 1971) para entender la naturaleza del poder y los espacios en que se reproduce, aunque sus zonas privilegiadas de estudio trataron de otorgar nuevas direcciones a la visión clásica del nacimiento del Estado moderno. Fundamentalmente, la nueva historia cultural intenta borrar las fronteras disciplinarias entre antropología e historia, y toma a la etnografía como principal modo de indagación (Van Young, 1999: 224-225; Vaughan, 1999: 275).

El trabajo de Mallon (1995), un estudio comparativo de México y Perú sobre la formación de la nación y su relación con prácticas y discursos políticos de campesinos en el siglo XIX, resulta en gran medida un trabajo paradigmático de este enfoque; no únicamente por presentar una original perspectiva para abordar con otros conceptos y argumentos las experiencias de la construcción de los Estados modernos fuera de Europa, sino también por abordar dos tópicos fuertemente asociados entre sí: 1) la centralidad otorgada a la comunidad y al campesinado en el análisis de la construcción de la nación y 2) la hegemonía cultural como ámbito para la negociación y construcción de identidades locales. Su planteamiento, en este sentido, es trascendente en la forma en que se han entendido las maneras de hacer política “desde abajo”, ya que implica superar, aparentemente, visiones idílicas de la comunidad rural como ámbito de identidades dadas y lealtades horizontales.

Seguramente inspirada por el enfoque de Foucault, Mallon (1994: 70) lleva a cabo una arqueología de los discursos de poder, concretamente aquellos asociados a las políticas y significados locales en torno a las identidades y la imaginación de la nación. Particularmente en la Sierra Norte de Puebla durante la segunda mitad del siglo XIX, Mallon observó la conformación de discursos patrióticos que estuvieron anclados a la interpretación que gente de la zona tuvo sobre la legislación liberal en torno a la tierra (Mallon, 1994: 74). En el contexto de guerra contra fuerzas conservadoras y extranjeras, grupos populares de la región se

aliaron con los liberales del centro del país. La participación militar de los serranos en la “defensa de la nación” permitió que liderazgos regionales buscaran obtener tierra o defender la que poseían a favor de sus comunidades, como una forma de recompensar su actuación militar.

Mallon (1994: 81-89) contempló también el peso que tuvieron los discursos locales en torno a la educación y a la posibilidad de construir ciudadanos, lo cual se desarrolló en un marco muy contradictorio que generó la oposición de poblaciones indígenas a la instrucción pública y el cuestionamiento cargado de racismo a esas actitudes por parte de intelectuales locales (profesores y funcionarios públicos). Ante una tensión así, Mallon establece que la política y las instituciones locales fueron campos para negociar y acumular el poder.

La autora reconoce que esto fue un proceso hegemónico comunal, el cual fue organizado dentro de una jerarquía civil y religiosa basada en el sistema tradicional de cargos, que brindó una solución negociada a las confrontaciones faccionales entre jóvenes y viejos, entre barrios y linajes. En el punto más alto de esa escala jerárquica se encontraban los ancianos que asumieron el peso de una figura política patriarcal. Entonces, dice Mallon, los viejos jefes representaron valores comunales de justicia, reciprocidad y responsabilidad contenidos en la idea del “buen patriarca” (1994: 96). En el marco de acción de un líder así, el concepto de hegemonía comunitaria, como proceso y creación de un marco discursivo común, parece explicar las cambiantes y contradictorias relaciones de poder en la localidad, así como la posición mediadora jugada por los patriarcas y los intelectuales, vinculados jerárquicamente a ellos. Además, esa misma noción permite interpretar las dimensiones contradictorias en que las posiciones de los sujetos se negociaban constantemente, generándose procesos de inclusión o exclusión que limitaban y subordinaban a mujeres, jóvenes e indígenas a la capacidad negociadora de un líder local. En este sentido, el papel jugado por el patriarca, logrando capitalizar para sí prestigio y respeto social, fue ligado a defender a la comunidad de la expropiación externa, pese a que al interior de las comunidades continuaran el faccionalismo y las tradiciones culturales.

Para Mallon incursionar en el estudio de la política de los grupos subordinados en la construcción de un nuevo régimen, luego de que la Revolución armada de 1910 terminó, es posible si las ideas y las ideologías locales son vistas dentro de marcos de resistencia, negociación y legitimación que formaron discursos y prácticas culturales, y dentro de los cuales las poblaciones locales fueron forjando sus formas de identidad. Así, Mallon plantea cómo surgió una cultura política comunitaria que alentó contradictoriamente el surgimiento de una especie de “patriarcado democrático” (Mallon, 1994: 96, 1995: 84). Incluso, afirma que pudiera ser tentador pensar que la institucionalización de la Revolución mexicana representó la institucionalización misma de un tipo de autoridad similar; sobre todo si se considera que la formación del Estado posrevolucionario es un proceso hegemónico exitoso, del que emanó una idea de nación (aunque en los últimos años se está desdibujando), y no un proyecto político fallido como otros casos, por ejemplo el peruano (Mallon, 1994: 106). En esta perspectiva, Becker (1995: 8, 155-161) observó el papel jugado por los campesinos e indígenas de Michoacán en la reconstrucción del nuevo régimen a través de su habilidad para encontrar espacios de participación, particularmente en el orden hegemónico cardenista. La obra de Becker aporta elementos importantes para definir cuáles fueron los componentes de autoritarismo y paternalismo del Estado posrevolucionario, cómo se construyeron poderes y carreras políticas regionales, qué posibilidades se abrieron para su estudio y cuáles fueron los terrenos de expresión que adquirió la cultura popular.

El trabajo de Vaughan (1997) constituye también un caso notable de los aportes y las orientaciones de la NHC en el análisis del régimen posrevolucionario. La autora estudió cuatro comunidades en dos estados, Sonora y Puebla, localizados al norte y en el Altiplano central mexicano, respectivamente. En esos casos observa cómo las identidades sociales resultaron de complejas y variantes negociaciones con el poder central. A partir de su concepto de “política cultural”, que refiere a las prácticas y discursos que surgen de la interacción entre el poder central y los actores locales, Vaughan (1997: 6-10) exploró las relaciones entre Estado y “sociedad” para entender cómo mutuamente se constituyeron.

El análisis de la educación y el papel de los maestros fue central para entender que la ideología nacionalista no sólo fue formada desde arriba, sino también por las propias interpretaciones que los campesinos y los mentores hicieron de ella.

En su conjunto, el aporte fundamental de este tipo de estudios fue mostrar la capacidad de los grupos populares para forjar activamente al Estado posrevolucionario y la comunidad nacional, indicando la fuerza de figuras, creencias y valores locales en la constitución de los propios órdenes hegemónicos. Por ende, la comunidad aparece como un orden social opuesto al capitalismo y adquiere la forma de un dominio político diferente, autónomo e incluso alternativo. Entonces, la disolución de sus lazos y valores comienza con su articulación paulatina al Estado-nación y con la irrupción de las fuerzas destructoras del capitalismo. No obstante, la creatividad de sus formas políticas refleja un cúmulo de figuras, relaciones y representaciones culturales que dan la apariencia de activas tradiciones trabajando para preservarla y revitalizarla.

En efecto, las acciones políticas de los campesinos –la inserción de una hegemonía comunitaria dentro de contextos regionales y nacionales para negociar las bases del poder, la emisión de discursos y prácticas diferenciadas dentro de las cuales las políticas del Estado fueron experimentadas– forman parte de una agenda de investigación histórica interesante, que resalta el papel central de figuras e instituciones locales en la formación de una nación. Detrás de estos focos de análisis se encuentra la búsqueda de nuevas fórmulas que superen conceptos eurocéntricos para conceder, por consiguiente, mayor originalidad a procesos políticos y culturales gestados fuera de Europa.<sup>4</sup> Es decir, la construcción del Estado nacional deja de ser pensada como parte de un proceso excluyente, que coloca fuera formas de organización basadas en lealtades y solidaridades locales. En esta visión, la formación del Estado-nación no implica la destrucción de otras instituciones y fuerzas sociales, sino su incorporación dentro de un campo de contención en el cual se presentan alianzas y tensiones entre elites y masas. No obstante, lo que aparece ausente de esta perspectiva es un entendimiento más firme del papel de la clase como una dimensión histórica que ayude a entender la génesis



de conflictos y sus enlazamientos con ideologías locales, regionales y nacionales. El enfoque de Roseberry pone acento en esas cuestiones.

CLASE Y PODER EN LA “HISTORIA CULTURAL DE LOS CAMPESINOS”

Roseberry (1989) tenía un especial interés en vincular historia y antropología. Consideraba que esa relación era importante porque los procesos históricos podrían mostrar las especificidades de la expansión del capitalismo (Roseberry, 1995: 52). En ese sentido, tal vínculo ayudaría a considerar la vida de la gente ligada a grandes procesos materiales y políticos pero sin establecer que sus dinámicas fueran trazadas por leyes universales. En gran medida, tales preocupaciones en Roseberry fueron inspiradas por lo que alguna vez Eric Wolf y Sidney Mintz llamaron también “historia cultural” como un término eventual para el enfoque de economía política antropológica, que además no levantaba sospechas en los círculos académicos e intelectuales estadounidenses azotados por el macarthismo. En esta perspectiva, Roseberry planteaba ver a los sujetos antropológicos como resultado de la confluencia de diversos procesos globales y regionales y, de manera específica, el surgimiento de campesinos y proletarios en configuraciones de poder temporal y espacialmente delimitadas.

En el estudio del campesinado, Roseberry reforzó la perspectiva de la economía política antropológica al crear un marco analítico basado en la interrelación de los conceptos de cultura, poder e historia. De hecho, sugirió nuevos rumbos que rebasaran los debates clásicos sobre la cuestión agraria (Roseberry, 1993). Así, el asunto no era tanto establecer la desaparición o la permanencia de los campesinos, sino mirarlos como “sujetos antropológicos” inmersos en procesos de construcción de clase.<sup>5</sup>

Roseberry fue inspirado por una noción de clase proveniente de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, donde Marx habla de la desconexión entre sí de miles de campesinos, pero localmente identificados a un “sentimiento de comunidad” (s/f: 75). Marx en este sentido se refería a la formación histórica de un particular campesinado que fuerzas económicas, políticas, sociales y culturales dividieron (aunque en otro contexto

histórico pudieran unir). Según Roseberry, esta noción de Marx reparaba en las condiciones de posibilidades de la acción política de las personas y brindaba una magnífica orientación para un análisis de las fuerzas estructurales que crean simultáneamente tanto la heterogeneidad como la homogeneidad de la clase.

Bajo estas consideraciones, Roseberry sugirió estudiar la historia del capitalismo y las respuestas de los diversos tipos de trabajadores a su expansión. Entonces, en diferentes casos las poblaciones trabajadoras podrían ser vistas como precipitados de procesos históricos que envuelven las intersecciones de dinámicas globales y locales. De hecho, al explorar estas interrelaciones, criticó estudios –por ejemplo, el de M. Taussig, *The Devil and Commodity Fetishism in South America* (1980)– que interesados en las acciones políticas desde abajo veían a los campesinos o la primera generación de proletarios como previos al capitalismo y al examinar sus tradiciones y valores idealizaban sus relaciones de clase (Roseberry, 1989: 218-223).

Este mismo autor (1989: 223- 227) observó que los trabajadores enfrentaban problemas para constituirse como clase, pues ésta no era algo dado. Por tal razón, es básico preguntarse cuáles son los procesos sociales asociados a un sentimiento de comunidad, bajo qué tipo de comunidades políticas se inserta la heterogénea clase trabajadora, cuáles son las imágenes o valores que la aglutinan y dentro de qué procesos hegemónicos se conecta la proletarización con la formación del Estado y los movimientos sociales. Roseberry afirma que la construcción de una comunidad política es parte de un proceso hegemónico; en tanto que la proletarización está relacionada con la formación y consolidación del Estado, lo que significa la creación de un ciudadano desvinculado de órdenes, estamentos o formas de organización tradicionales. En términos políticos y culturales, esto presenta problemas para la conformación de una conciencia de clase trabajadora. La proletarización no es uniforme y surgen diversas categorías laborales que no cuentan tampoco con comunidades primordiales que inspiren un sentimiento de homogeneidad. El Estado es hábil en crear los marcos institucionales para constituir nuevos tipos de comunidad política. Roseberry asocia este proceso a la idea de Gramsci de observar la

actuación de una clase fragmentada en esos espacios. Por eso es importante plantearse qué estilos de comunidad política son imaginados, ya que su construcción puede ser parte de un proceso organizado por el Estado, o bien generada alrededor de oposiciones sociales y culturales que incluyen diversos tipos de movimientos, coaliciones y significados.

Antes de su lamentable muerte (2002), Roseberry (2004a, 2004b) llevaba a cabo un estudio sobre la naturaleza de los efectos de las reformas liberales del siglo XIX entre los moradores rurales de la orilla del lago de Pátzcuaro, Michoacán, y los innumerables conflictos que surgían entre ellos mismos y fuerzas más poderosas en una sociedad regional llena de contradicciones sociales. El mencionado investigador pensaba que las ideas acerca de esas contradicciones y esos procesos pasados se materializaron en las décadas subsecuentes en recuerdos, enemistades, rencores, sinsabores y esperanzas. En buena medida, sus estudios sobre las poblaciones rurales del siglo XIX delinean argumentos diferentes para entender la relación entre la formación del Estado nacional y la política local. Al fundamentarse en una investigación en archivos históricos, pudo observar la constitución de un sentido de comunidad basada en la “diferencia”, en la cual intereses variados de clase definían alianzas y conflictos dentro de campos sociales de poder en los que se desarrollaron prácticas de despojo y privatización de los recursos materiales, así como la disolución formal de la comunidad indígena. En el panorama que describe pone acento en cuestiones materiales, por ejemplo, el control de la tierra y otros recursos que posturas posrevisionistas han desestimado para entender la cultura política local. Por lo tanto, a partir de conflictos y procesos internos de diferenciación de clase, es posible entender las contradicciones y complejidades de la política que se desarrolló en la sociedad posrevolucionaria entre 1911 y 1947 (Roseberry, 2004a: 78), una etapa fundamental para explicar la génesis de identidades y subjetividad rurales.

#### CONVERGENCIAS/DIVERGENCIAS

Más allá de los alcances y limitaciones de cada uno de los enfoques, hay convergencias para el estudio de la historia “cultural” del campesinado

mexicano. Cada perspectiva separadamente puede conducirnos a conocer y discutir los términos en que se han construido, con todas sus contradicciones: 1) la unidad e identidad nacional; 2) las subjetividades en los espacios rurales, y 3) la imaginación de una comunidad nacional no sólo desde una perspectiva dominante y vertical, sino también desde la experiencia de los dominados que aspiran a crear formas de vida social democráticas y alternativas.

Las líneas de divergencia surgen en los modos de abordar esos problemas comunes. Los puntos de desacuerdo tienen que ver específicamente con las relaciones entre las políticas de la comunidad y la construcción de una conciencia colectiva.

Mallon ha planteado crear narrativas donde proliferen discursos políticos producidos “desde abajo”. Por lo tanto, argumenta que la cultura popular crea sitios descentralizados donde la contestación puede emerger. Entonces, el poder central atraviesa y se recrea en valores y significados culturales que son organizados y vividos en espacios locales, donde las personas conforman igualmente un orden social dentro de sus mentes.

Como un antropólogo interesado en vincular los significados de la cultura a procesos y estructuras materiales, Roseberry preguntaría ¿cuáles son los vínculos que ideas, valores o discursos locales mantienen con las relaciones de trabajo y propiedad en la comprensión de las acciones o la “agencia” política que conducen a imaginar desde abajo la formación de una nación? Pero estos problemas no son sólo imputables a la propuesta de Mallon. En realidad, la amplia literatura sobre “resistencia” los enfrenta al crear representaciones sobre las maneras de hacer política de los subordinados.

En este sentido, el enfoque de Mallon parece compartir las argumentaciones centrales seguidas por James C. Scott (1976, 1985, 2000 [1990]) y su propuesta de estudio de las “artes de la resistencia” y por el enfoque de *Subaltern Studies* de los historiadores hindúes para el análisis del “dominio de los débiles” (Guha, 1993: 3-4). Por lo tanto, ella tendría que preguntarse también, al igual que esos autores, si la experiencia de los sectores subalternos está nutrida por circunstancias materiales, políticas y sociales que requieren sistemáticamente la ubicación de personas

en espacios socialmente jerarquizados; así como cuestionarse hasta qué punto esa ubicación permite entender la naturaleza de las diferencias internas y el carácter de los vínculos locales con fuerzas externas.<sup>6</sup>

En torno a este problema, radican los principales aportes y limitaciones del enfoque de Mallon. Ella otorga un fuerte peso a la construcción de una hegemonía cultural a partir de las formas de liderazgo comunitario del siglo XIX. El patriarca será, por ende, una figura íntimamente ligada a una especie de sociedad primordial. Su fortaleza correrá paralela a la constitución de valores que le aseguran como líder o intelectual local una posición gallarda y valiente para la defensa de los subordinados. La evidencia que aporta Mallon subraya este papel, pero al mismo tiempo, paradójicamente, define el carácter limitado de este tipo de figura local: el patriarca y la hegemonía cultural que construye, sólo puede entenderse en el contexto decimonónico.

Por consiguiente, las nociones de comunidad, política comunitaria y formas hegemónicas inherentes pierden cualquier valor explicativo fuera de esta dimensión histórica. Las comunidades, sus relaciones y sus movimientos mantienen diversas conexiones externas y las acciones de las personas a lo largo del tiempo cambian ese tipo de poder personal. Así que el querer usar los preceptos que plantea la perspectiva de Mallon, podría pensarse como un argumento para revitalizar la noción de comunidad idílica que paradójicamente ella cuestiona.

La alternativa sugerida por Roseberry opta por poner énfasis en aquellas cuestiones no privilegiadas por Mallon, particularmente en la ausencia de un sentido histórico que ubique espacios y tiempos dentro de los cuales se manifiestan las relaciones cambiantes entre Estado y comunidad, y en la poca atención que merecen las cuestiones materiales para entender la producción cultural. El asunto, entonces, no es situar solamente a las poblaciones rurales en relación con la formación del Estado y la expansión del capitalismo, sino entender que las comunidades, los sujetos y las ideas emergen de campos sociales de poder, configurados por patrones de desigualdad y tensión, lo que incluye previas relaciones y problemas entre un centro político y la vida local (Roseberry, 1994: 364-365).

Como mencioné antes, parecen estribar similitudes entre Mallon y Roseberry sobre todo al definir cada uno a la hegemonía en el terreno de la lucha. No obstante, para Mallon la disputa se da alrededor de la ideología y en ese plano se crean las diversas identidades. La interpretación de Roseberry dista de la de Mallon al no equiparar hegemonía a ideología debido al riesgo de ver a ésta simplemente como consentimiento o “falsa conciencia”. De acuerdo a Roseberry (1994: 358), lo que Gramsci pensaba sobre la hegemonía no representaba la oposición entre lo material y lo ideológico. Las ideas o valores, dominantes o no, correspondían a un marco discursivo materializado en formas de organización y relaciones sociales. En verdad, cómo explorar tal materialización constituye un desafío para enfoques que se planteen ver a la hegemonía en dimensiones menos abstractas y mirando cómo el poder es experimentado, procesado o modificado en cada contexto específico.

Para Crehan (2002: 174), la hegemonía abarca actividades cotidianas, y refiere a las relaciones que producen, justifican y normalizan la desigualdad. Gramsci algunas veces podría acentuar el consentimiento, otras su enlazamiento con la coerción, pero nunca vio a la hegemonía simplemente como ideología. De esta forma, hegemonía no podría reducirse al estudio de creencias e ideas, como dominio propio de la “cultura” y sin su enlazamiento e interacción con circunstancias materiales. La cultura es la manera en que la clase vive en particulares tiempos y lugares. “Una dimensión crucial de cómo la clase es vivida en específicas relaciones de poder.” Por lo tanto, su vinculación con la hegemonía nos ayuda a entender cómo el poder es experimentado, e incluso confrontado, en particulares tiempos y espacios en la vida diaria de los individuos (Crehan, 2002: 200). Acerca de esto último, tal vez ayude recordar que Gramsci (2000: 205) sugería ver al *folklore* como algo más que “una rareza, una extrañeza o un elemento pintoresco”. Para Gramsci, conocer el folklore ayudaría a entender cómo otras “concepciones del mundo y de la vida” trabajan en la formación moral e intelectual de generaciones jóvenes de las grandes masas populares. Estos planteamientos refieren a la importancia que Gramsci daba a la relación entre cultura y experiencias de clase para entender el cambio social.

En el contexto del capitalismo global de esta época, con la aparente fuerza del mercado y el consecuente debilitamiento de los Estados-nación con un constante flujo de capitales, mercancías y trabajadores, ¿cómo puede ser aún pertinente preguntarse sobre las posibilidades de la expresión de subjetividades colectivas anclada a la construcción de una comunidad política, hegemónica o alternativa?

Recurrir a un enfoque descentrado, como el que sugiere Mallon, puede ser útil para responder a esas cuestiones. Sin embargo, esto debería significar un punto de partida y no de arribo. La cuestión no es considerar la existencia de un poder descentrado con el objeto solamente de identificar los sitios donde opera y es resistido, sino también detallar sociológicamente las relaciones que constituyen ese poder. Como lo sugirió Rubin (2003 [1996]: 134), el descentramiento del estudio del régimen político mexicano implicaría revalorar la importancia de la región como una delimitación social que experimenta, valora y enfrenta los términos en que ocurre la construcción del poder emanado desde un centro. Esta es la misma consideración que hace Lomnitz-Adler (1995) cuando distingue el papel jugado por ideologías nacionales y locales en la creación de la hegemonía en lugares específicos, lo que ayudaría a explicar las capacidades o limitaciones del poder central para transmitir la retórica posrevolucionaria.

Esta idea de revitalizar el concepto de hegemonía, estribaría también en conferirle un alto sentido empírico: si existen múltiples discursos, prácticas y sujetos, la creatividad de las acciones políticas deben entenderse en el proceso en que diversas personas confrontan o negocian con diferentes poderes sociales bajo condiciones materiales e históricas específicas. Es decir, uno tiene que reparar entre las formas de confrontación aquellas demandas, por ejemplo, por tierra y trabajo, ligadas también directamente a la lucha por la vida. Bajo estas consideraciones, las historias sociales de las personas vinculadas a su trabajo o producción, siguen siendo indispensables si reconocemos la importancia del pasado y de la sociedad regional en la constitución de identidades y subjetividades de los campesinos.

Por lo que respecta a la producción de la historia, el descentramiento e incluso la deconstrucción en el estudio del poder no tendrían que implicar únicamente mirar cómo la gente tiene éxito o fracasa en hacer su historia. Ni tampoco concentrarse sólo en las diferentes narrativas construidas que hacen los propios grupos populares sobre el pasado para reparar en las condiciones y los procesos dentro de los cuales éstas se producen y describen el ejercicio diferencial del poder, lo que hace algunas narraciones posibles y el silencio de otras (Trouillot, 1995: 25). La cuestión es reparar también en las prácticas académicas tendientes a imaginar un pasado desde la manera en que se está comprendiendo el presente.

En la manera de mirar al pasado desde el presente, la perspectiva sobre la historia de los campesinos de Mallon parece imbuida por interpretaciones que consideran que en la actualidad el ascenso de un nuevo orden de poder desplaza a la clase (trabajadora) como medio para entender la constitución de subjetividades. De tal suerte, la diversidad de identidades genera diferentes políticas que enriquecen las demandas de los movimientos sociales y propician la transformación democrática de la “sociedad civil”. Dichas interpretaciones establecen igualmente el creciente debilitamiento de los Estados nacionales debido a variados procesos globales, suponiendo, además, el surgimiento de poderes cada vez más descentralizados que conllevan a identificar en un sentido foucaultiano también múltiples sitios para la resistencia. Así, el énfasis en la formación de discursos y la constitución de sujetos a través de prácticas relacionadas a éstos, desplaza el interés por la comprensión de dimensiones materiales que estructuran espacial e históricamente las configuraciones sociales dentro de las cuales creencias o valores son reproducidos.

Teniendo en cuenta estos supuestos, en el pasado como en el presente, la “sociedad civil” se presenta como una fábrica de lo social, como una arena para la generación de identidades “culturales”, múltiples y diversas; y aunque en estos días cancela la utopía de la revolución, se asienta en la realidad de la democracia liberal, que se trata de una democracia también construida desde abajo. Frente a este interés genuino por “dar la voz” a los débiles e interpretar sus anhelos y proyectos, sólo restaría preguntarse si los conceptos que emplea Mallon –resistencia, negocia-



ción, comunidad, hegemonía cultural etc.– en apariencia posmarxistas, no son más bien compatibles con los discursos de poder ligados en estos días al proyecto histórico del capitalismo global y de los Estados neoliberales.

Con el ascenso del Estado neoliberal en México, sus políticas han enfrentado respuestas diversas, desde los reclamos iniciados con las armas en Chiapas hasta formas de desafío más soterradas, cotidianas y menos espectaculares, pasando por formas más organizadas que vislumbran la constitución paulatina de movimientos fuertes y alternativos. Todas estas acciones exhiben el escepticismo y la inseguridad que provoca la reestructuración de los antiguos marcos de sociabilidad entre Estado y campesinos, así como la reestructuración de la economía agrícola ahora muy ligada al mercado global. Esos reclamos y prácticas políticas se ven nutridas de historias regionales, las cuales refieren a perdurables formas de desigualdad, enconos y conflictos que, por supuesto, aún se concretizan en el presente. Por tal razón, optar por una perspectiva histórica para entender la formación de los campesinos puede seguir siendo útil para pensar sobre el presente a través del pasado.

En los últimos años he estudiado problemas similares a los abordados por los enfoques aquí discutidos. Analicé el caso de campesinos, situados en el suroeste de Puebla, cuyas vidas y formas de trabajo giran, en gran medida, en torno a la lucha por el control de recursos productivos, tales como tierra y agua. Estoy convencido que esa lucha no es un anacronismo, ellos a lo largo de la historia han estado por eso mismo envueltos en distintos conflictos. La construcción de los sujetos, el asunto de un “orden moral” activado en las prácticas y discursos populares, y la operación de formas ideológicas y hegemónicas en lugares específicos, cuestiones abordadas por Mallon y Roseberry, han sido igualmente centrales en mis indagaciones.

Los campesinos que he estudiado, han tenido una larga vinculación con el Estado y la nación. Por ende, su historia local no puede entenderse sin la “Gran” historia del Estado y la nación mexicanos. Es más, tampoco su historia podría comprenderse sin la historia global del capitalismo. Los campesinos que estudié tuvieron sus propias interpretaciones de los

discursos e ideologías liberales y revolucionarias. No obstante, lo que ellos pensaban con respecto a la “patria” estuvo siempre relacionado con una configuración de fuerzas que tenía que ver con distintos grupos y clases sociales luchando entre sí por el control de la tierra y el poder político. Esa configuración cambiaba a lo largo del tiempo y con eso alianzas y enemistades políticas, formas de organización para el trabajo y la sobrevivencia y significados en torno a las identidades. De tal suerte, las visiones sobre la nación estaban ligadas a determinados tiempos y espacios. Así, lo que para campesinos e indígenas pudo significar la “patria” durante el último tercio del siglo XIX fue diametralmente diferente de lo que representó durante las primeras décadas de formación del Estado nacional posrevolucionario. Sobre este punto, recuerdo que una mujer muy anciana me platicó la poca emoción que despertaba a los vecinos de su pueblo los festivales patrióticos que se esforzaban en hacer los burócratas y jefes políticos del porfiriato (Gómez Carpinteiro, 2005: 51); en contraste, décadas después en el contexto de la reformas sociales y culturales del Estado posrevolucionario los vecinos de un barrio indígena de Izúcar al solicitar deferentemente a una autoridad federal seguir manejando sus concesiones de agua, indicaban que ellos participaban con afán en la realización de las “Fiestas Nacionales”, cediendo ramas para adornar las calles, madera para construir un corral para toros y su trabajo para los distintos eventos requeridos (Gómez Carpinteiro, 2003: 242). Si los discursos sobre la nación fueron diferentes por las diversas relaciones que se entretejían, lo que sí perduró, en cambio, fueron las memorias de despojos y subordinación.

Los recuerdos sobre conflictos y violencia están inscritos en el territorio y el paisaje cultural; éstos aluden a terrenos de labor perdidos, agua despojada y lugares donde fueron ciertos líderes campesinos victimados. Además, esa materialización se ha reproducido de manera subjetiva en identidades locales que refieren a los términos en que estructuralmente se generaron relaciones de trabajo que fueron sustancialmente modificadas aplicando principios racionales fordistas introducidos por un industrial norteamericano, al mismo tiempo que se creaba un campo de gubernamentalidad propio de la ciudadanía posrevolucionaria (Gómez

Carpinteiro, 2005: 65-69). Por tal razón, es común reconocer, incluso hoy en día, la operación de formas pareadas de categorizaciones políticas que refieren localmente a procesos de poder pasados, las cuales están basadas en dimensiones de clase y localidad, tales como “gente de pueblo-avecindado”, “ejidatario-pequeño propietario”, “vecinos con derecho a riego-vecinos sin derecho”, “agraristas-sindicalistas”.

Cuando estudié a estos mismos campesinos, no me pareció ver un “orden moral” puro que sancionara cotidianamente la forma en que ellos se relacionaban con el exterior, y desde ese lugar imaginaran lo que la nación debía de ser. Por el contrario, sí observé tradiciones selectivas (Williams, 1997[1977]: 137) constantemente reactivadas para aludir, por ejemplo, a “un manejo primordial del agua”, a la autodefinición de “soldados de la revolución” con derecho a tierra ejidal y a convenciones y prácticas locales para administrar los recursos productivos. La activación de esas tradiciones corrió paralela a la de comunidades políticas locales que vieron desde sus terruños y con amplias contradicciones a su interior la posibilidad de integrarse a la formación de una nación obteniendo o reteniendo derechos sobre tierra y agua.

Un aspecto central en mis apreciaciones fue observar la operación de particulares formaciones discursivas relacionadas con la nación y el Estado. Si bien, el trabajo de Foucault aporta notables ideas para eso, tal como lo demuestra Mallon, resultó insuficiente para lograr un análisis más concreto e histórico de cómo particularmente se constituyó un poder social y sus consecuencias. En el examen de la formación del Estado, las iniciativas modernizadoras capitalistas y las distintas políticas locales, vincular ideas a prácticas materiales de grupos dominantes o subordinados, pudo ser posible desde el enfoque de hegemonía de Gramsci. A través de esta perspectiva, fue posible crear un relato de la historia subalterna de campesinos de esta zona que a través de la lucha buscaron obtener agua, manejar libremente la tierra, organizar su propia política, y sentirse desde sus localidades parte de una comunidad nacional; a veces con relativos éxitos, otras con estrepitosos fracasos. En los días que corren, esta orientación puede seguir siendo muy oportuna para entender las visiones populares sobre los aspectos que amenazan el futuro

neoliberal; lo pienso así, porque también me parece que estamos ante un imperativo político. No podemos dejar de aspirar a captar, como dice Gledhill (2004: 38), la materialidad social e histórica acumulada en tierras y territorios campesinos mediante la reconstrucción de largas historias de despojos y luchas por recobrar y conservar derechos para ganarse la vida y encontrar formas de organización más justas y autónomas.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Abrams, Philip, 1988 [1977], "Notes of the Difficulty of Studying the State", *Journal of Historical Sociology* 1 (1): 58-89.
- Alonso, Ana María, 1995, *Thread of Blood. Colonialism, Revolution, and Gender on Mexico's Northern Frontier*, The University of Arizona Press, Tucson.
- Becker, Marjorie, 1995, *Setting the Virgin on Fire. Lázaro Cárdenas, Michoacan Peasants and the Redemption of the Mexican Revolution*, University of California Press, Berkeley.
- Beezley, William H, Cherly English y William E. French, 1994, *Rituals of Rule, Rituals of Resistance. Public Celebrations and Popular Culture in Mexico*, Wilmington, Delaware, SR Books.
- Corrigan, Philip y Derek Sayer, 1985, *The Great Arch. English State Formation as Cultural Revolution*, Basil Blackwell, New York.
- Crehan, Kate, 2002, *Gramsci, Culture and Anthropology*, University of California Press, Berkeley.
- Foucault, Michael, 1985, *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la Prisión*, Siglo XXI Editores, México.
- \_\_\_\_\_, 1978, *Historia de la Sexualidad. La Voluntad del Saber*, Siglo XXI Editores, España.
- Gledhill, John, 2004, "Introducción: pensando acerca del presente a través del pasado" en *Recursos contenciosos. Ruralidad y reformas liberales en México*, editado por Andrew Roth, El Colegio de Michoacán, México.
- Gómez Carpinteiro, Francisco Javier, 2005, "La modernidad contendida. Estado, comunidades rurales y capitalismo en la posrevolución", *Mexican Studies/ Estudios Mexicanos*, 21 (1).

- \_\_\_\_\_, 2003, *Gente de azúcar y agua. Modernidad y posrevolución en el suroeste de Puebla*, El Colegio de Michoacán e Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, BUAP, México.
- Gramsci, Antonio, 1971, *Selections from the Prison Notebooks*, International Publishers, New York.
- \_\_\_\_\_, 2000, *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 6, edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, Ediciones Era y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Guardino, Peter F., 1996, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State. Guerrero, 1800-1857*, Stanford University Press, California.
- Guha, Ranajit, 1999, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*. *Duke University Press, Durham*, Columbia University Press, New York.
- Lomnitz-Adler, Claudio, 1995, *Las Salidas del Laberinto. Cultura e Ideología en el Espacio Nacional Mexicano*, traducción Cinna Lomnitz, Joaquín Mortiz-Planeta, México.
- Mallon, Florence, 1995, *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, University of California Press, Berkeley.
- Nugent, Daniel, 1998, "Introduction" en *Rural Revolt in Mexico: U.S. Intervention and the Domain of Subaltern Politics*, editado por Daniel Nugent. Duke University Press.
- \_\_\_\_\_, 1993, *Spent Cartridges of Revolution. An Anthropology History of Namiquipia, Chihuahua*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Roseberry, William, 2004a, "En estricto apego a la ley". Ley liberal y derecho comunal en Pátzcuaro porfiriano" en *Recursos contenciosos. Ruralidad y reformas liberales en México*, editado por Andrew Roth, El Colegio de Michoacán, México.
- \_\_\_\_\_, 2004b, "Para calmar los ánimos entre los vecinos de este lugar: comunidad y conflicto en el Pátzcuaro del porfiriato", *Relaciones*, 100: 109-135.
- \_\_\_\_\_, 1998, "Cuestiones agrarias y campos sociales" en *Las disputas por el México rural. Transformaciones de prácticas, identidades y proyectos*, editado por Sergio Zendejas y Pieter de Vries, El Colegio de Michoacán, México.
- \_\_\_\_\_, 1994, "Hegemony and the Language of Contention" en *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, editado por Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent, Durham, Duke University Press.

- \_\_\_\_\_, 1993, "Beyond the Agrarian Question in Latin America" en *Confronting Historical Paradigms: Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America*, editado por Frederick Cooper *et al.*, Madison, University of Wisconsin Press.
- \_\_\_\_\_, 1989, *Anthropologies and Histories. Essays in Culture, History, and Political Economy*, New Brunswick, Rutgers University Press.
- \_\_\_\_\_. s/f., "From Peasant Studies to Proletarian Studies", *Studies in Comparative International Development*, XX: 69-89.
- Rubin, Jeffrey W., 2003, "Descentrando el régimen: cultura y política regional en México" en *Relaciones*, 96: 127-180.
- Scott, James C., 2000 [1990], *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, Editorial Era, México.
- \_\_\_\_\_, 1985, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, Yale University Press, New Haven.
- \_\_\_\_\_, 1976, *Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, Yale University Press, New Haven.
- Sivaramakrishnan, K., 1995, "Situating the Subaltern: History and Anthropology in the Subaltern Studies Project", *Journal of Historical Sociology* 8 (4): 395-429.
- Trouillot, Michel-Rolph, 1995, *Silencing the Past. Power and the Production of History*, Beacon Press, Boston.
- Vaughan, Mary Kay, 1999, "Cultural Approaches to Peasant Politics in the Mexican Revolution", *Hispanic American Historical Review* 79 (2): 269-305.
- \_\_\_\_\_, 1997, *Cultural Politics in Revolution. Teachers, Peasants, and Schools in Mexico, 1930-1940*, The University of Arizona Press, Tucson.
- Van Young, Eric, 1999, "The New Cultural History Comes to Old Mexico", *Hispanic American Historical Review* 79 (2): 211-247.
- Wells, Alan y Gilbert M. Joseph, 1996, *Summer of Discontent, Season of Upheaval. Elite Politics and Rural Insurgency in Yucatan, 1876-1915*, Stanford University Press, Stanford.
- Williams, Raymond, 1997 [1977], *Marxismo y Literatura*, traducido por Pablo di Masso, Ediciones Península, Barcelona.

NOTAS

<sup>1</sup> Existe una edición en español del libro, aunque no incluye todos los artículos publicados originalmente en inglés: *Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno*, Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (compiladores), Ediciones Era, México, 2002.

<sup>2</sup> Traducción al español: *Campesinos y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, El Colegio de San Luis y El Colegio de Michoacán, México, 2003.

<sup>3</sup> En realidad la NHC no constituye una corriente uniforme. Según Vaughan (1999: 274-275, 280), se conformó un grupo muy ecléctico con objetivos, metodologías y epistemologías variadas, aunque sí tuvieron en común el uso de nuevas categorías para entender la historia. De hecho, en eso consistiría su principal rasgo “posrevisionista”, pues con tales categorías analizarían de diferente forma las relaciones entre Estado, elites y campesinos.

<sup>4</sup> Con su perspectiva, Mallon desea descubrir innovaciones en los procesos formativos del Estado-nación de países del tercer mundo, a menudo reservadas a la unicidad occidental (Mallon 1995: 9).

<sup>5</sup> Roseberry (1983) trazó cuatro siglos de historia social, económica y cultural de Boconó, una región de Venezuela. Estudió particularmente la formación del campesinado asociada a la economía del café. Bajo el uso del concepto de modo de producción, con el cual describe la situación estructural de diversos periodos históricos, logró entender la constitución de las clases a partir de relaciones que unían y dividían grupos. El campesinado se presentó entonces como una creación directa del capitalismo y la apropiación del valor que generaba se realizaba principalmente a partir de la relación dependiente que mantenía con el capital comercial. Al analizar al campesinado en términos de clase, Roseberry miró su creación como parte de un proceso de proletarianización y su actuación política inmersa dentro de comunidades políticas que fueron formadas por alianzas verticales.

<sup>6</sup> Nugent hizo una reflexión sobre la poca atención a la dimensión material que el enfoque de la NHC otorgó al estudio de las dinámicas entre Estado posrevolucionario y comunidades rurales (1998). En otro contexto, Sivaramakrishnan (1995) cuestiona a los estudios subalternos por desplazar a

#### EL PASADO EN EL PRESENTE...

la agencia y a la experiencia campesina de su foco de atención original, lo que verdaderamente hizo perder de vista que los movimientos populares estudiados en la India por esta corriente historiográfica estaban lejos de ser autónomos de las elites y del Estado, en tanto que su naturaleza interna comprendía igualmente jerarquías, servilismos y formas de dominación. Por otra parte, el énfasis que otorgó este enfoque al poder de acuerdo a la concepción de Foucault, que no busca ver cómo opera espacial y temporalmente, implicó en términos analíticos oponer la noción de comunidad a la de clase, construyendo una definición de la primera con un fuerte carácter populista y ahistórica.